



CERDÁ Y RICO ha muerto. Para cuantos rinden tributo a la cultura y al arte, la muerte de Cerdá y Rico constituye una razón de legítimo duelo, porque con él desaparece una de las más prestigiosas figuras que en España abrieron los cauces de la fotografía personal y artística, por cuyos cauces han corrido luego, cada vez más caudalosas, las aguas de la ilustración gráfica de la prensa y de los album provocadores de la gran amplitud del turismo. Cabra del Santo Cristo; el pequeño y lindo pueblo que se esconde en las sierras del sur de la provincia de Jaén, fué muchos años el apacible y recogido lugar donde aquel se escondió para dedicarse con calma y reposo a reconstituir, a diario, el diario de su vida de artista, en el tesoro de sus placas y a componer, en cada una nueva, en un exterior un paisaje bellissimo; en un interior una escena de familia, que no la dispusiera con más técnica la inventiva de un maestro de la pintura.

Para los lectores de DON LOPE DE SOSA; para los lectores de todos nuestros tiempos,—los que son desde un principio y los que fueron, después,—Cerdá y Rico es un nombre para ellos familiar y querido, profundamente admirado y simpático siempre. Es el nombre puesto al pie de centenares de fotografías de los rincones de nuestros pueblos, de la hermosura de nuestros campos, del tipismo de nuestras costumbres, de la riqueza de nuestros monumentos. Es el nombre que va al pie de aquellos fotograbados en que se reproducen placas, que, si cien veces representan la misma escena y el mismo lugar, cien veces ofrecen nuevos matices artísticos, originales rasgos, formando cada obra un nuevo motivo de un mismo tema. Es, en fin, el nombre del autor, poseedor y divulgador del archivo de fotografías más cuantioso y más completo en que puede verse y estudiarse la riqueza plástica de España y prin-



Cerdá y Rico
al retirarse de la actividad médica



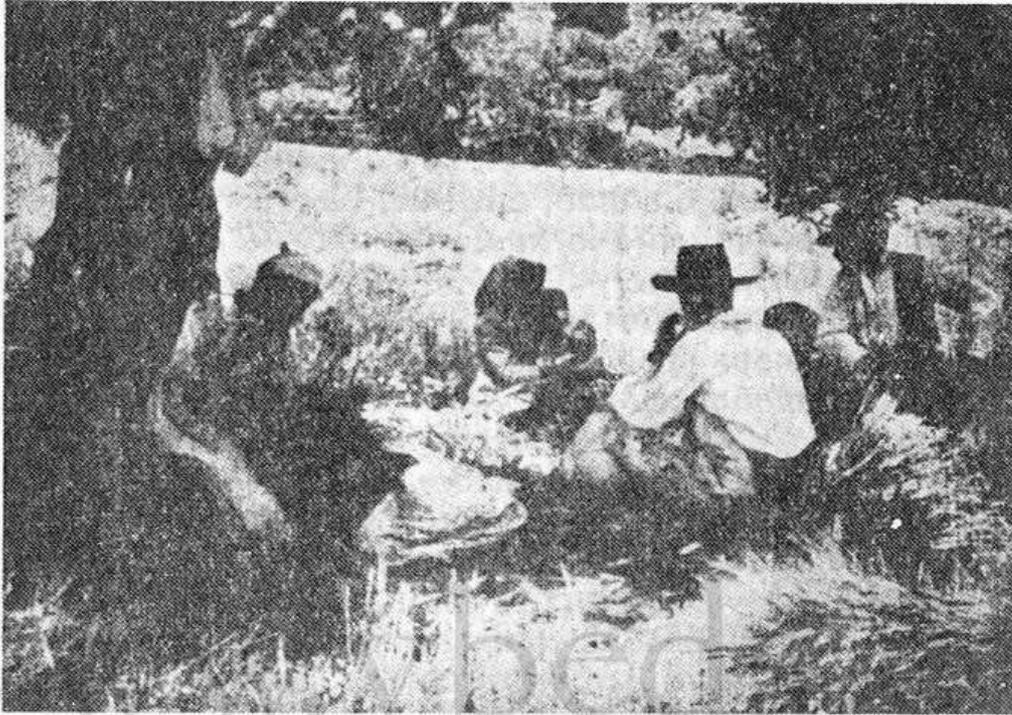
“Segando en los rucdos,,

(A Cerdá y Rico)

principalmente la del Reino de Jaén, pues en él quedan permanentes las vistas de lo que existe y de lo que ya no existe... porque lo derribaron las avaricias y las ignorancias personales o lo arrasaron los torpes e inconscientes vendavales colectivos.

Cerdá y Rico era levantino. Nació en Monóvar el 8 de Noviembre de 1843 y tenía, unidos a su temperamento enérgico, la sutileza estética y el aticismo clásicos, que los griegos dejaron en España al colonizar la región oriental. Por eso las obras fotográficas de Cerdá y Rico tienen un doble valor, pues tienen el valor literario de los títulos con que las bautiza, originales, genialísimos, modelos de una refinada ironía y de un exquisito humorismo, que da a la obra mayor encanto y hace que la sonrisa vaya a los labios por dos causas: por la placidez que al alma produce su belleza y por la fina gracia que la acompaña. Este es un aspecto de Cerdá y Rico no exteriorizado públicamente aún, y del cual hemos de hacer motivo de sucesivos trabajos.

Fué Cerdá y Rico alumno en sus estudios primeros, en El Escorial, donde bañó su alma de niño en aquel ambiente de grandeza



"Después del gazpacho,,

(E. Cerdá y Rico)

de arte; y terminado el grado de Bachiller, volvió a Monóvar a encargarse de los asuntos de su casa, por fallecimiento de su padre. Después de dos años, marchó a Madrid y dividió el tiempo entre las aulas de San Carlos y las salas del Museo Nacional de Pinturas, y en aquellas cursaba medicina y manejaba el bisturí, y en su casa pintaba abanicos, paletas, platos, telas... cuanto constituía un entretenimiento y un oasis de las crueles arideces de la ciencia. Se licenció el 1868 y regresando a Monóvar, pidió y sirvió dos años la titular del pueblo de Cox; mas, encontrándose gravemente enfermo en Cabra de Santo Cristo, un hermano suyo, (que en esta provincia desarrollaba negocios industriales), vino aquel a asistirle, y tan grata le fué en el simpático pueblo la estancia, que ahondando en su corazón las raíces del afecto de sus habitantes y ahondando las suyas en las almas de aquellos, allí quedó para toda su vida, formando su familia, constituyendo su hogar, ejerciendo la titular de medicina; hasta que en 1902, se retiró de aquella actividad facultativa para dedicarse por entero a sus dos aficiones profesadas con fe de creyente, con fanatismo de idólatra; la pintura y la fotografía,

Cerdá y Rico, que cultivó las artes en todas sus manifestaciones y que tenía la riqueza imaginativa, la originalidad creadora y la fácil habilidad técnica de los hijos de la región valenciana, apenas surgió y vino a España el movimiento culto de la fotografía, no como industria, sino como arte, profesó en ella con un entusiasmo sin límites y poniendo su dinero y sus estudios al servicio de ese nuevo amor a la belleza, se colocó en la línea de los primeros aficionados españoles. Cuando, en 1902, Cerdá y Rico se retiró de la medicina activa, ya había formado numerosos almacenes de placas, había viajado bastante y había destacado su nombre con verdadero relieve. Preparación fué esa, muy eficaz, que le permitió darse por entero a sus predilectas aficiones. Entonces fué cuando recorrió toda España, cuando viajó por el extranjero, cuando visitó Marruecos y obtuvo verdaderas maravillas para sus colecciones. Entonces fué cuando arrancó a las ciudades, a las villas, a las aldeas y a los campos pintorescos y soberbiamente grandiosos de la provincia de Jaén, todos sus encantos, toda su riqueza, todo su arte, para hacerlo resurgir con visión de realidad en admirables positivas y a través de las lentes del *taxiphote*, por las que en la casa-museo en que vivió Cerdá y Rico, se asoma la mirada a la propia naturaleza. Entonces fué, también, cuando en concursos y exposiciones ganaban sus obras altas recompensas. El diploma de honor de la Exposición fotográfica de Valencia, en Junio de 1905; y la elevada recompensa, unida a un espléndido objeto de arte, de la de Londres de Junio de 1910, son prueba valiosa de lo que Cerdá y Rico era capaz de hacer con una máquina fotográfica en la mano.

Tenía Cerdá y Rico, (que era hombre de recia voluntad, de carácter franco y sin repliegues, cultivador de la conversación cortés y discreta, y rectilíneo en el afecto y en la sinceridad de él) tenía Cerdá y Rico en su psicología, una simpática amalgama de la viveza genial levantina y de la exhuberante fantasía andaluza. Y esos dos aspectos de su carácter los manifestaba en su vida íntima y en su vida de relación social. Puesta su alma en su afición favorita, era el medio de exteriorización de los impulsos de aquella. Albergar en su casa a amigos que a ella fueran—como a Meca de arte—era su mayor deleite y más lo era poner de arriba a abajo centenares de almacenes de placas y millares de estas. Corresponder a una cortesía o a una atención, constituía para él algo muy grato y hacía lo enviando a sus amigos y devotos, como regalo al que él quitaba importancia, una, dos, tres, ocho docenas de esas placas verascópicas, que hoy son reliquias que guardan los buenos «amateurs». Escribir a Cerdá y Rico una carta, hablándole de arte, era esperar una larga respuesta trazada al respaldo de unas cuantas

fotografías, cada una de las cuales constituye una nota primorosa. Cuando nosotros, sus amigos de hace cuarenta años, nos dirigíamos a él en ruego de alguna interesante documentación gráfica, rara o curiosa, de su incomparable archivo, nos contestaba escribiendo en diez o doce obras fotográficas suyas, y nos acompañaba otras muchas más, como si todo le pareciera poco para que fuera bien colmada la medida del cariño y de la colaboración.

En el retiro de su casa, llena de encanto, pasó los últimos años de su vida. Endulzaron éstos y calmaron los dolores de sus achaques, los cuidados de sus hijos, la deliciosa infantil compañía de sus nietos y el amor a su obra de artista de la fotografía, acaso la más grande de España, y... tal vez la más desconocida por la modestia de su provinciano vivir, huyendo del mundanal ruido. Cerdá y Rico, que retrató a todos y a todo, tenía en sus últimas horas el capricho de hacerse retratar con los pequeñuelos. El, que había compuesto, rápidamente, con una soberana visión de los elementos artísticos, cuadros sorprendentes, quería verse en otros (que él también componía) como figura de ellos. Fragmento de uno de estos últimos, llenos de ingenua y sencilla ternura, es el último fotografiado de este artículo...



Último retrato de Cerdá y Rico, rodeado
de dos de sus nietos

Para todos es la muerte de Cerdá y Rico una gran pérdida. Para el arte lo es muy importante, pues aunque queda el tesoro de su obra, no queda el genio que la formó y que constantemente la enriquecía.

Para nosotros, al morir Cerdá y Rico, muere nuestro amigo, nuestro maestro, la primera figura de los que, asíduos en su bondad, nos ayudan; figura cuya memoria seguiremos venerando siempre.

Alfredo Cazabán